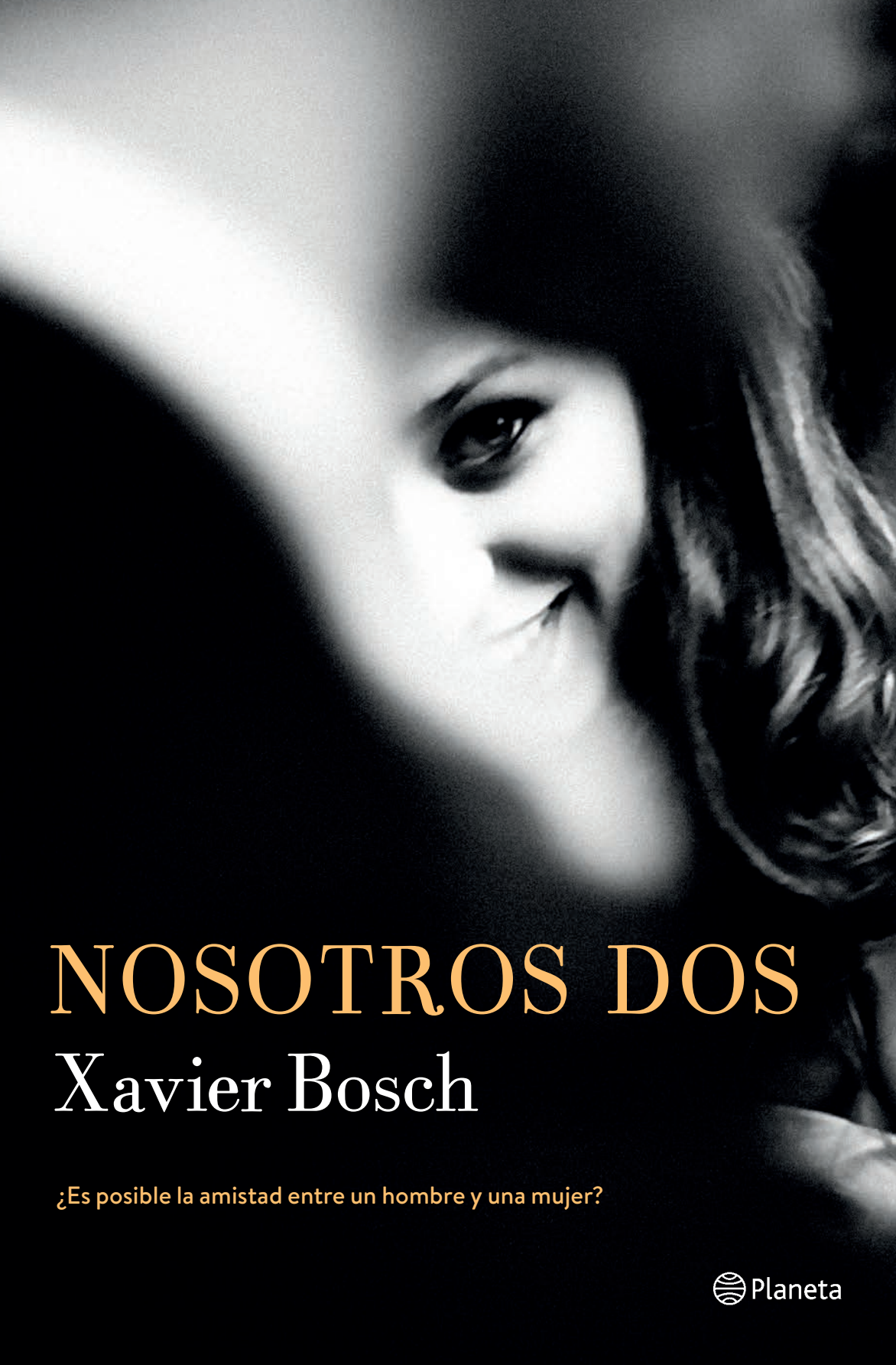




NOSOTROS DOS

Xavier Bosch

¿Es posible la amistad entre un hombre y una mujer?

Xavier Bosch



Nosotros dos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nosaltres dos*

© Xavier Bosch, 2017
© Josep Escarré, 2017, por la traducción
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2017
Depósito legal: B. 2.653-2017
ISBN: 978-84-08-16862-1
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

TRES SINÓNIMOS POR SEGUNDO

De repente. De la forma en que le gustaba hacer las cosas, le sorprendió.

—Dibújame un cerdo.

—*Sorry?*

—Aquí. Un cerdo, como tú quieras.

—¿No era «dibújame un cordero»?

—Mierda...

El papel que había colocado delante de Kim se había manchado de cerveza.

—Pásame uno. —Laura lo hacía todo. Hablaba y ordenaba—. Otro.

Kim, con el bolígrafo en la mano y el Fortuna en los labios, le acercó el dispensador de servilletitas de papel. Ella cogió otras dos, secó la mesa y, sin pensárselo dos veces, las arrugó y las dejó caer al suelo de baldosas grises. Si algo había en el bar de la facultad eran papeles en el suelo. Y colillas apagadas. Y humo

en el aire. Y ruido en el ambiente. Y la alegría sobrevolándolo todo. Laura arrancó otra hoja de la libreta de los apuntes de alemán y la colocó encima de la mesa, delante de Kim.

—Dibújame un cerdo, anda... —Lo decía con la mirada juguetona de los dieciocho años.

—Pero ¿esto qué es?

—No seas aguafiestas, Ráfales. —Hablabla en voz alta, con el tono de una entrenadora. Lo sacudió por los hombros—. Es un juego y ya está.

Sin muchas ganas, Kim empezó a dibujar sin estrujarse demasiado el cerebro. Era bueno con el lápiz, pero no le apetecía dibujar un cerdo. No lo hacía desde que era pequeño y... Si le hubiese dicho un coche o un barco, ningún problema. Pero ¿un cerdo? Esbozó un gorrino con dos garabatos y una cola ridículamente rizada. En la mesa de al lado, unos estudiantes de último curso estaban celebrando algo. Por la cantidad de latas que habían amontonado, es posible que no recordaran de qué se trataba. En los bares de las universidades siempre hay motivos para brindar. Aunque sólo sea por la vida que está por vivir. Aunque sólo sea por el futuro que te espera, aún, con todos los colores de la ilusión.

—¿Y ahora qué? —Kim colocó el cerdito delante de ella, que no pudo evitarlo y se echó a reír—. Si te cachondeas de mí, no juego.

Laura cogió la servilleta y escrutó el dibujo con la atención de un médico ante un análisis de sangre. Kim Ráfales temía el veredicto.

—Eres un tío realista. Lo has dibujado en el medio... Ni arriba ni abajo. Centrado.

—¿Qué más?

El juego lo había atrapado. Basta un elogio para desear otro.

—Has dibujado un cerdo que mira hacia la derecha.

—¿Y?

—En teoría significaría que eres una persona activa, que eres innovador, ¿es así?

—Pche.

—Que no tienes un gran sentido de la familia y que no das demasiada importancia a los datos importantes.

—¿Y qué son los datos importantes? —dijo, al sentir que le habían pillado.

Laura, que introdujo un lápiz en su moño, no le hizo caso y prosiguió.

—El cerdo está de perfil. Si nos mira a nosotros, significa que eres, ¿cómo te lo diría...? Que te gusta debatir. Un poco el abogado del diablo.

—¿A mí? Ni una cosa ni la otra.

—¿Que no te gusta debatir y discutir? Anda que no...

—Que no, tía, hosti...

—¿Lo ves? Sí te gusta.

Levantaron los ojos del papel al mismo tiempo, se miraron y se echaron a reír. A Laura le pareció que Kim posaba su mirada en la peca que tenía encima del labio, la misma peca de la imperfección de su madre.

—Eso sí, lo has dibujado con cuatro patas. Muy bien.

—Faltaría más... ¿Quién dibujaría un cerdo con tres patas?

—Significa que eres obstinado y fiel a tus ideales.

—¿Yo?

Estaba sorprendido de que sus garabatos revelaran tantas cosas.

—La cola, no te lo pierdas. —Ella tomó un sorbo de cerveza y se volvió a reír—. Indica la calidad de las relaciones sexuales.

—¡Sí, claro! Anda ya...

—Cuanto más larga, mejor.

—Esto no es justo. He dibujado la cola así, rizada, como la que tienen los cerdos, ahora no me vengas con... —Empezaba a estar harto de aquel psicoanálisis de pacotilla—. Si tiras de ella, no está tan mal.

Laura se abstuvo de hacer ningún comentario. Le bastó con señalarle la cola con el dedo. De la cola pasó a las orejas.

—Muy bien, Ráfales, el tamaño de las orejas indica que sabes escuchar a los demás. En cambio, un dibujo tan austero significaría que eres metódico y...

Laura quiso reflexionar lo que iba a decir.

—¿Y? Dime. ¿Qué más?

¿Qué demonios habría visto su compañera de clase en su análisis para que de repente prolongara aquel silencio?

—Según el cerdo veo que eres, déjame que te lo diga, emocionalmente ingenuo y una persona dispuesta a correr riesgos.

¿Por qué se lo decía? ¿Por qué había hecho esa pausa? En clase les habían hablado de los valores de los silencios intencionados. ¿Por qué había querido jugar a toda costa a aquel juego aparentemente infantil? ¿Para llegar adónde?, se preguntaba Kim Ráfalles. ¿Para decirme que soy emocionalmente ingenuo y que debo arriesgarme más? ¿Y restregármelo después de hablar de mis dotes sexuales? ¿Qué está haciendo Laura? ¿Me está insinuando que me lance? ¿Me está diciendo que no me corte? ¿Me está pidiendo un beso? ¿Es lo que me está pidiendo? Otro día, poco antes del puente de Todos los Santos, mientras estaban desayunando al sol en el césped del campus de Bellaterra con Marc, Buixeda y Xènia, llegó Laura, tan espitada como todas las mañanas. Se tumbó a su lado y, como quien no quiere la cosa, le quitó la anilla a la granada. «Hoy he soñado contigo.» Así, cataplúm. Delante de todo el mundo. Sin rubor alguno. Con la despreocupación de la juventud. Una

bomba para que explotara bajo el solecillo de otoño. Cuando una compañera de clase, en primero de carrera, en el trocito de jardín que le corresponde en la Facultad de Traducción e Interpretación, se te acerca, se tumba a tu lado y te dice «hoy he soñado contigo», ¿qué debes pensar? Y ahora, a solas, en el bar, me sacude, me dice que soy emocionalmente ingenuo y que me arriesgue... O puede que no. Al fin y al cabo, tal vez la ingenua fuera ella y el sueño, el cerdo y los riesgos que le pedía eran una mera excusa para decir algo, para divertirse un rato y si te he visto no me acuerdo.

—¿Podrías dejarme los apuntes de Orovio? —Kim había decidido cambiar de tema, como si no le afectara nada—. Ayer no pude ir.

Laura cogió su carpeta y, antes de sacar los apuntes de Lingüística Computacional, ya había guardado en ella el cerdo de Ráfales. Él ni siquiera se dio cuenta de que le cogían el dibujo como prenda de vaya usted a saber qué, obnubilado como estaba por la escena. Le habían llamado ingenuo, emocionalmente ingenuo, que sonaba aún peor, y él no se consideraba, ni por asomo, un alma de cántaro. Pensó rápidamente en un sinónimo: cándido. Otro, inocente. Otro, tímido. Puede que éste no coincidiera del todo con el significado exacto, pero le dio igual. A veces, en clase les ponían este ejercicio: buscar tres sinónimos en menos de un

segundo. Luego, debían traducirlos al francés, al inglés, al italiano o a las lenguas en las que cada uno se especializara. Con hozar, se había pillado los dedos. Tenía la sensación de que los compañeros le miraban, de que el profesor esperaba de pie junto a la pizarra y que pasaban los segundos, uno tras otro, como una condena, y él era incapaz de decir desgastar, rascar, hurgar... No tenía ni idea de lo que significaba hozar, ni siquiera creía haber oído alguna vez esa palabra, y le dio rabia que Laura —tranquila, perfecta— levantara la mano y recitara, como si nada, toda la retahíla de nombres en todas las lenguas que dominaba. Aquel día, Joaquim Ráfales Angerri —Kim, que era como firmaba las cartas y los exámenes—, el tercero de cuatro hermanos, el joven que se había matriculado en Traducción e Interpretación porque su padre le había dicho «como mínimo aprende cuatro idiomas, es algo que siempre te servirá en el hotel», se dio cuenta de que la universidad es el preámbulo de la vida donde todo el mundo va a su bola, incluso los amigos. Ni siquiera se acordaba de esas palabras con las que se había sentido traicionado por Laura. Era una escena que dormía en su memoria, pero, a raíz del puto cerdo del bar de la facultad, había vuelto a su mente como un trallazo. En cualquier caso, lo de emocionalmente ingenuo era una ofensa.

La madre de Laura insistía en que su hija se quitara la peca que tenía encima del labio. Era idéntica a la suya, y estaba en el mismo sitio. Descentrada, hacia la comisura derecha. Era oscura, como si la hubiesen marcado con un rotulador de punta gruesa. Le dijo que, si quería, bajaría de Banyoles y la acompañaría a un cirujano estético de Barcelona que le habían recomendado. Y, en voz más baja para que su padre no la oyera desde la butaca, le susurró que incluso le pagaría la visita. Y, si era necesario, la pequeña intervención, porque se había informado y le habían asegurado que ni siquiera era una operación.

—Mira, mamá, no intentes traspasarme el trauma que tú tienes con tu peca. Yo no tengo ningún problema.

—Pero queda mal...

—No es verdad.

—Y tú, con lo guapa que eres, tan rubia, con esos pómulos y esos ojos verdes que se van a comer el mundo, es una lástima que tengas la misma peca que yo...

—¡Ay, mamá! Soy tu hija, qué quieres que le haga. Es la genética. Yo estoy a gusto... Somos carnosas, tenemos una peca, no pasa nada.

—Pero...

—Cuando me canse de ella me la maquillaré, como haces tú.

—Hueles a tabaco.

Su madre le olió la ropa sin darse cuenta, con el gesto de todas las semanas.

—No es maligna, ¿verdad?

—Eso debería decirlo un dermatólogo...

—Me gusta tenerla, me gusta parecerme a ti. Es la peca de la imperfección.

A partir de aquella tarde de septiembre, en casa de los Altimira, fue así como se refirieron a esa peca.

Los jueves por la noche se salía. Laura se iba de marcha con sus compañeras, llegaba de madrugada a su piso de estudiantes —que era minúsculo y estaba en la calle Montseny—, dormía un par de horas, se preparaba un café y, desde la parada de Gràcia, cogía hasta Bellaterra el tren de la Autònoma, lleno como una lata de sardinas. Después de tres horas de clase y alguna cabezada mal disimulada, la semana llegaba a su fin. La ropa de Laura olía a tabaco, «sí, ¿y qué?», como casi todos los viernes. Comía a toda prisa, preparaba la bolsa, tomaba el autobús y volvía a casa para pasar el fin de semana con sus padres.

—Ayer salí, sí, ¿algún problema? —Se quitó la camiseta a toda prisa y la echó en el cubo de la ropa sucia, con el resto de bragas, camisetas y calcetines de básquet que había sacado de la bolsa—. Ya la bajaré yo a la lavadora. Tú no hagas nada.

Laura no quería volver a oír nunca el reproche que le había hecho su padre. Fue uno de los prime-

ros viernes del curso. Había llegado a casa con la ilusión de darles un beso a sus padres y contarles lo libre que se sentía en Barcelona y lo bueno que era el profesor de Literatura Inglesa, y, sin venir a cuento, su padre se había calentado a mitad de la cena, y con su tono seco, de contable de tienda de muebles, le había dicho que, si creía que su madre era una criada, no era necesario que volviera. Le echó en cara, de mala manera, que qué era eso de volver a Banyoles con la ropa sucia de toda la semana, de la universidad y de los entrenamientos, y volvérsela a llevar a Barcelona, el lunes por la mañana, limpia y planchada. Y, encima, canelones, judías tiernas y libritos de lomo rebozados para que sólo tuviera que freírlos y unos táperes con chanfaina con los que Laura se chupaba los dedos. Su madre bajó los ojos, acarició a *Dickens* —ajeno a la trifulca— y prefirió no decir nada. Pintaban bastos. Sabía que, si se ponía de parte de alguno de los dos, acabarían cayéndole encima chuzos de punta de un lado o de otro. Clàudia optó por callar y dejó que Laura se rebotara con su padre y que no se hablaran hasta el día siguiente.

Aquel viernes de principio de curso todos se fueron a dormir como *Dickens*: con las orejas gachas.